

Juan Madrid

Cuando llegue  
la mañana

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsasuarez.com](http://www.elsasuarez.com)  
Fotografía de cubierta: © Maria Heyens / Aracangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Madrid, 2024  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1148-689-7  
Depósito legal: M. 4.677-2024  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*Para Alejandro Madrid  
y Guillermo Madrid,  
mis hijos.*

«Soy una de las pocas personas con cierta preparación literaria que llevan en serio las historias de detectives... Algún día alguien hará verdadera literatura de esto...»

Dashiell Hammett,  
en una carta a Blanche Knopf, 1928

«Dudo que Hammett tuviese algún objetivo artístico deliberado; él tenía que ganarse la vida escribiendo sobre lo que sabía.»

Raymond Chandler,  
artículo en *Atlantic Monthly*, 1944

Mercedes Jimeno, recién nombrada supervisora del Servicio de Neonatos de la Clínica de Maternidad Asistida Nuestra Señora de la Buena Nueva, se tomaba una taza de café en el mostrador de la cafetería de la clínica, cuando una muchacha se acercó y le preguntó si era doña Mercedes Jimeno.

—Sí, soy yo.

La chica le dijo que acababa de llegar a Madrid. Después, le preguntó:

—¿Se acuerda de mí?

La supervisora se fijó en ella. No caía.

—Yo siempre he pensado en usted —continuó la muchacha—, ¿sabe? No la he podido olvidar. Soy Paulina Sánchez. ¿No se acuerda de mí, señorita?

La supervisora la observó otra vez mientras terminaba el café. Era una chica muy joven, quemada por el sol, de unos diecisiete o dieciocho años, quizás menos. ¿Qué hacía esa muchacha diciendo que la conocía?

Pero insistió:

—¿No se acuerda de mí, señorita?

Mercedes dejó la tacita de café sobre el mostrador.

—Perdona..., ¿me conoces de algo?

—Sí, señorita. ¿No se acuerda? Fue al final del verano, hace dos años, en septiembre..., cuando se les

estropeó el coche a la entrada de mi pueblo, La Alberca de la Encina, a la salida de Baza, en Granada. Usted estaba muy enferma de vino.

—¿Yo, borracha? ¿Cuándo pasó eso?

—Al final del verano de hace dos años, señorita, en septiembre. Era sábado por la noche. Vinieron en un coche azul muy bonito de Madrid. Yo lo vi al otro día por la mañana. Eran tres..., usted, señorita, y una pareja que no recuerdo cómo se llamaban, pero que durmieron en la cama de mi madre, que se fue al sillón... Bueno, el coche no funcionaba, tuvieron que llamar a una grúa para llevarlo por la mañana a Baza. Allí hay garajes y un hospital.

—¿Un sábado del verano de 2016?

—Sí, hace... tres años, señorita. Usted pasó la noche en mi casa y durmió conmigo, en mi cama. ¿No se acuerda?

—¿De qué me tengo que acordar?

—Usted se tuvo que poner a dormir de lo enferma de vino que estaba. ¿Ya no se acuerda? Yo soy Paulina, la niña que estaba en la cama. Usted me besó y me... me dijo que yo era muy guapa.

—¿Que yo estuve contigo en la cama?

—Sí, señorita, se acostó en mi cama y me contó una historia en voz baja... Bueno, un cuento o algo así. Todavía me acuerdo... Usted es doña Mercedes Jimeno, ¿verdad? Mi pobre madre me dijo su nombre y dónde encontrarla.

La aludida miró el reloj.

—Bueno, bueno..., y a tu madre ¿qué le ha ocurrido?

—Que se murió la semana pasada, por la noche. Y me dio una carta para que usted la leyera.

La supervisora continuó observándola.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, para servirla. Cuando usted vino al pueblo y se vino a mi cama, yo tenía trece años para catorce. Y mi madre lo sabía. ¿Se acuerda usted, señorita?

—¿Lo sabía? ¿El qué?

—Está escrito en la carta de mi madre. ¿Quiere usted leerla? Usted me metió la lengua en la boca, así..., muy suave. Y luego me tocó también los pechos, muy suave, y lo de abajo también y me dijo que le metiera la lengua en la boca, dentro..., y la moviera.

Mercedes tardó un momento en contestar. Tartamudeó un poco:

—¿Y qué... qué quiere tu madre?

—Que trabaje con usted, la cosa del trabajo está muy mal en mi pueblo. ¿No quiere leer la carta? Yo me enamoré de usted, señorita, no es culpa mía. Llevo un montón de tiempo pensando en alguien como usted, pero no podía dejar solita a mi madre, ¿comprende? Solo quiero decirle eso, que estoy enamorada de usted..., bueno, y que no se lo voy a decir a nadie, pierda usted cuidado. En realidad, señorita, ¿no habría trabajo para mí en este hospital?

Mercedes se la quedó mirando. Paulina respiraba con esfuerzo. La muchacha continuó:

—¿Sabe usted que he soñado que la iba a conocer?

—Perdona, Paulina, tengo mucho que hacer. Ya nos veremos. ¿Quién te ha dicho que vinieras aquí a verme?

—Mi madre, ya se lo he dicho, murió la semana pasada y antes me dijo que hablara con usted, que me podía ayudar. Y que viniera a verla. Ya está enterrada y todo. Ella sabía que me había enamorado de usted.

—Paulina, ¿te lo estás inventando?

—No, señorita, no me lo invento, fue hace tiempo, cuando estuvo usted en mi cama hace tres años justos. Yo tenía casi catorce y usted era bien mayor..., bueno, me lo parecía a mí. Usted tenía un bosque de pelos ahí debajo y me dijo si quería... ¿Tiene prisa, señorita? ¿No se acuerda usted de mí?

—Ahora tengo que ir a trabajar. Paulina, que sigas bien.

—Espere, por favor. Se quedaron a dormir usted y la otra señorita y su novio. Ustedes se fueron por la mañana cuando llegó la grúa. Yo los acompañé al coche. ¿Se ha curado esa señorita?

La muchacha se aproximó. Mercedes retrocedió instintivamente.

—Sí, pero esa señorita ya no está en el hospital. Trabaja en otra cosa. Hace tiempo que no nos vemos. ¿Tú... te acuerdas de mí?

—Sí, me acuerdo mucho de usted, señorita. Usted me estuvo tocando toda la noche... y me decía cosas al oído. Yo también tuve que tocarle el pelo que tenía, me dijo que la tocara. Fui muy feliz, de verdad. Nunca he sido tan feliz. Pero lea la carta, por favor.

—Te lo estás inventando, ¿verdad? No seas embusterilla, Paulina. Eso está muy feo. Anda, vete a lo tuyo de una vez. Veo que tienes mucha fantasía.

—¿Sí? ¿Usted cree? ¿No le gustaría leer la carta que le escribió mi pobre madre?

—¿Sigues insistiendo, Paulina?

—Es que no hago otra cosa que pensar en usted, señorita. Es por tocarla, ¿sabe? Desde que la toqué aquella noche es que..., es que... me gustaría volver a tocarla y a besarla si usted quiere.



Esa noche comenzó la historia entre Paulina y Mercedes. Paulina se metió en la cama con Mercedes con los ojos muy abiertos. Mercedes le acarició la cabeza y la besó con cuidado.

—Que no nos oigan, por favor. Aquí somos la mayoría mujeres y no hacen más que cotillear.

—Qué ganas tenía de besarla, ¿sabe usted? Yo no he besado a nadie desde..., bueno, ni se lo creería..., desde que usted y yo estuvimos juntas en mi cama y nos besamos tanto... Y ese pelo tan hermoso que tiene usted debajo. Yo ya estaba loquita de pensar en usted y en lo que... tenía debajo de las faldas...

—¿Tanto hace que no besas a una chica? Bueno, a una mujer. Y no lo pienses tanto. ¿No has besado a una amiguita por jugar?

—Bueno, por jugar. Pero casi todas las chicas fuman en mi pueblo y sus bocas saben a muy sucio, y luego no tienen pechos tan grandes como usted. Y su boca me gusta más, es muy limpia.

—Si saben que estamos juntas nos harían un consejo de disciplina y nos echarían a las dos de la clínica por inmoralidad. Y ahora vete, por favor. Yo te avisaré cuando podamos vernos.

Paulina Sánchez consiguió trabajo en la clínica, ahora era auxiliar de limpieza. Una mañana fue a la sala de incubadoras de la Clínica de Maternidad Asistida Nuestra Señora de la Buena Nueva, hasta el rincón donde la supervisora de Neonatos, su jefa inmediata, Mercedes Jimeno, descansaba de la guardia de esa noche.

Paulina se sentó a su lado y le dijo en voz muy baja:

—Tengo que contarte algo, ayer he hablado de... de algo que nos interesa mucho.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Lo hablamos en casa. ¿Nos vamos?

Su casa estaba muy cerca. En cuanto llegaron, Mercedes fue a ducharse mientras Paulina le contaba lo que le había pasado la tarde anterior y esa misma mañana.

—Esta tarde ha venido a verme una chica que quiere vender a su hija, fíjate tú.

—¡Qué! ¿Quién quiere vender a su hija? ¿Tú estás loca, Paulina? Eso está penado, cariño, no se pueden vender niños. ¿Qué tontería me estás diciendo?

—Termina de ducharte, voy a prepararte el desayuno. No tardes mucho.

—¡Espera, Paulina!

—Te digo la verdad. Ha venido a verme y me ha dicho que vende a su hija por cinco mil euros, antes de darla a su padre. ¿Qué hago? ¿Se la compro?

—¿De qué estás hablando?

—Lo que te he contado. La madre de la niña es Margarita Sacedón y la llaman Marga, y me ha dicho que es capaz de vender a su hija antes de dársela a su padre, acaba salir de la incubadora. ¿Y si la compramos?

Mercedes salió de la bañera y se puso una bata. Se sentó a la mesa. Paulina había puesto la radio bajita. Y le estaba poniendo el café en su taza.

—¿Quién es esa niña?

—Está en un apartamento de protocolo. Va a salir enseguida, según me ha dicho la madre. La madre dice que la va a llamar Manuela.

—Es una VIP, depende de dirección. No hay nada que hacer.

—¿De verdad?

—Lo que yo te diga. Ve desayunando, anda. La madre se llama Margarita Sacedón y se droga. Es una VIP... y su hijita, también. Las dos están a disposición de Dirección.

—A mí me ha dicho que quiere vender a su hija.

—Comprar niñas o niños está prohibido, corazón. Búscate un hombre y le pides que te fecunde y ya está.

—Los hombres me dan asco, y tú lo sabes.

—No le des más vueltas a ese tema. Te lo he dicho muchas veces, bonita. Yo no quiero comprar a nuestro hijo. Que quede claro. ¿Vale?

—Es que los tíos me dan asco, Mercedes.

—A mí también, pero eso de comprar niños es un poco fuerte, cariño. ¿No te parece? Tienes que olvidarte. Desayuna de una vez.

—Pero ¿por qué?

—A ver si te lo aprendes, no se puede comprar niños y punto. Que se te quite eso de la cabeza, corazón.

Paulina siguió en silencio un rato.

—Yo quiero tener un hijito, Mercedes.

—Paulina, ¿has pensado en la inseminación artificial?

—Sí, pero no sé si yo voy a poder...

—A mí ya se me ha pasado el arroz para que me inseminen, pero tú podrías intentarlo. Pero no mientras estemos en esta clínica. Tenemos que olvidar eso.

—Podemos aprovechar que hay una mujer que quiere vender a su hijita, y que le da igual a quién. Es una niñita bonita. Si quieres, puedes verla en una de las incubadoras. Está entera, no le falta nada. Pero ve y... la miramos. Está en la 103 B.

—Paulina, tengo que dormir; he tenido hoy mucho trabajo.

—Es la madre quien lo dice, es esa Marga, los otros días se puso a gritar que quería vender a su hijita. Gritaba que si no la vendía la tiraba a la basura o la mataba. Que a su padre no se la daba.

—No hagas demasiado caso de lo que digan algunas recién paridas. Anda, vete ya a tus clases, por favor, bonita, y espérame. Déjame que descanse un poco.

—Esa mujer está un poco trastornada, desde luego, pero es normal. Y quiere vender a su hijita. Nosotras podríamos comprarla y ya está.

—En esta clínica ni siquiera podemos decir que estamos juntas. No lo aceptarían. ¿Cómo quieres que te lo diga? Una pareja de mujeres es peor que pactar con el diablo.

—Marga me dijo que está a punto de llevarse a su hijita de la clínica, nadie se enteraría si la compramos.

Dice que podemos hacer la venta en su casa de Madrid. Y eso es mejor que..., bueno, que se deshaga de ella o la tire por ahí.

—Conozco casos de una especie de locura posparto... Las recién paridas creen que tienen que proteger a su hijo de múltiples acechanzas... Se puede adoptar a un hijo, pero legalmente, con certificados, según la ley. No voy a poner mi futuro en el aire, así como así. Lo siento, no hay más que hablar. Vete ya a clase, por favor.

Mercedes se levantó de su sitio y se dirigió al dormitorio a intentar dormir. Paulina fue detrás sin dejar de hablar.

—La madre me ha dicho que la mata si no encuentra a nadie que la compre, la mata y luego se suicida. No quiere que su hija se vaya con el padre, dice que es un canalla y que antes la vende.

—A mí eso me da escalofríos, Paulina. Deja eso, por favor. ¿Qué le diríamos a la gente? ¿Que hemos tenido una hija por generación espontánea? Aquí vienen mujeres con mucho dinero, gente rica. No podemos tener una niña recién nacida en nuestra casa, se enterarían. Y tampoco pueden saber que vivimos juntas. Son ultracatólicos, nos echarían a la calle.

—¿No podemos decirle que la hemos adoptado legalmente?

—Sí, claro. Se lo podemos decir, por supuesto, pero no lo aceptarían. Tampoco aceptarían que estemos juntas. Lo nuestro es un pecado terrible. Para ellas somos como bestias del campo.

—Que digan lo que quieran, ¿no?

Mercedes se tumbó en la cama y se tapó. Paulina se quedó en la puerta. Mercedes le dijo:

—No he pagado todavía esta casa. Me queda mucho por pagar, bonita mía. ¿Es que no lo sabes?

—Esa chica ha debido de sufrir mucho. Me confesó que tenía miedo de lo que pudiera pasarle a su hija.

—Tú no te metas en eso de comprar una niña, por favor. Es un lío muy grande. ¿Se lo has dicho a alguien?

Paulina negó con movimientos de cabeza.

—Yo te ayudaré en lo que pueda, pero vete a clase. Te espero aquí. Vete, por favor, voy a dormir un poco.

—¿Me lo juras que me vas a ayudar a tener un hijo?

—Claro que sí, no te preocupes, cielo. Un día tendremos un bebé. Te lo prometo.

—¿Por qué no vas a verla? Ya ha salido de prematuros.

—No hay nada que hacer, bonita mía. Esa niña no se puede tocar... Y punto. Es una VIP.

—¿Una VIP? ¿Y eso qué es?

—Que no podemos tocarla. Está a disposición de la directora.

Muy temprano, María Sacedón llamó por teléfono a Marga, su hermana mayor, para decirle que estaba en Madrid y que podía ir a verla esa misma tarde.

—¿Marga? Hola, soy yo. ¿Estás bien? Quiero hablar contigo. Perdona que te llame a estas horas. Pero estoy en Madrid. ¿Puedo ir a verte? ¿Cómo está tu niña? ¿Se cría bien?

—Sí, muy bien, quién lo iba a decir. Mi niña ha nacido un poco antes de lo debido, ¿sabes?, ahora está en prematuros. Es muy delgadita, pero me han dicho que irá cogiendo peso. La voy a llamar Manuela, como mamá. No te puedes figurar lo bien que me siento, de verdad. Pero quiero pedirte un favor. ¿Lo harás?

—Claro, mi niña, claro que sí. Por supuesto. ¿Qué quieres? ¿Está bien tu hijita?

—Sí, se está criando la mar de bien. Pero quiero que... que sea para ti cuando yo me muera.

—Espera un momento, ¿me está diciendo que me vas a dar a tu hija cuando te mueras? ¿Qué te pasa?

Su hermana se quedó en silencio. Luego le dijo:

—Solo dime si te apetece tenerla... o la vendo.

—¿De verdad o estás de broma?

Marga soltó una carcajada.

—Vale, lo que tú quieras, pero es que tengo miedo de que mi padre me quite a mi hija. Ya sabes cómo es. Me ha escrito y me ha dicho que va a venir a España, bueno, a Madrid, y quiere ver a su nieta... Ya se ha puesto a darme órdenes, parece que mi hija es suya..., no lo aguanto, hermanita.

—Espera, linda. ¿Cómo que te va a quitar a tu hija?

—Es por... por el rollo ese de que me drogo y que no puedo cuidarla, pero ahora no tomo nada, pero nada. Me he quitado de las drogas, de verdad. Y si me pasara algo, me gustaría que fuera tuya.

»Me he portado muy mal contigo, pero... te quiero, hermanita, ¿sabes? Tú salvarás a mi hija, ¿verdad? ¿Tienes la foto que te envié?

—Sí, claro que la tengo.

—Claro que sí.

—¿Qué te pasa, hermanita?

—He querido vender a mi hija antes de que mi padre se quede con ella, fíjate tú. Debía estar loca.

—¿Qué?

—Eso, que he querido que no la tenga mi padre. Y he querido venderla, te lo juro. Mi padre me da asco, hermanita.

—¿Te sigues drogando?

—Te juro que ya no, hermanita. Mi hijita me ha hecho cambiar. La han analizado de arriba abajo y no tiene nada grave, en serio. Hoy es domingo, ¿verdad? Entonces, ven pronto.

—Tiene que ser esta noche, me tengo que quedar en Madrid. ¿Sigues usando nuestra casa? Te lo digo para ir allí y verte.

—Ahora estoy en la residencia del hospital, la número 24, son habitaciones muy elegantes, ya verás. Y



puedo ver a mi niña, ha pasado con los bebés normales. Ha crecido un poco. ¿Vendrás a verme? Tienes que venir, estoy preparando un documento para donarte a mi hija cuando crezca. Muchos besos, bonita.

Esa noche, la puerta de la habitación de María estaba medio abierta. La abrió de golpe y vio una extraña escena: dos enfermeras colocaban el cadáver de su hermana en una camilla. Una era una chiquilla y la otra de edad madura. Ninguna se había dado cuenta de su presencia.

Cerró la puerta con ruido. Las enfermeras se volvieron. María exclamó:

—¿Qué hacen ustedes? ¡Es mi hermana Marga! ¿Qué ha pasado?

La enfermera de más edad le dijo:

—No sabía que tenía una hermana. Nunca ha venido por aquí, ¿verdad? Marga ha debido suicidarse o pasarse con sus pastillas tranquilizantes. Todavía no lo sabemos.

La enfermera joven añadió:

—Tomaba muchas pastillas.

—Vamos a llevar a su hermana al depósito de la clínica. Y ya que está usted aquí, tendrá que acompañarnos. Tiene que firmar algunos documentos.

María se aproximó, se agachó y acarició el rostro helado de su hermana. Su cara era tranquila, como si durmiera. La enfermera de más edad insistió:

—Ha sido con pastillas. La hemos descubierto hace una media hora. Paulina la ha descubierto al traerle la merienda.

—Estaba muy tranquila, como si durmiera —dijo la muchacha—. Yo le decía que no tomara tantas pastillas de esas. Pero...

—No ha sufrido nada —afirmó la enfermera de más edad.

María se puso en pie y le preguntó:

—¿Es usted médico, señora?

—No, soy enfermera, supervisora del hospital. Me llamo Mercedes Jimeno.

La muchacha se adelantó.

—Yo soy Paulina Sánchez, su ayudante —y añadió con voz chillona—: Estoy estudiando para auxiliar de enfermería, señora. Le he traído la merienda todos los días.

—¿Pueden explicarme el suicidio de mi hermana? Hoy hemos hablado por teléfono y quedamos en vernos esta tarde. Parecía muy contenta con su hijita recién nacida.

Mercedes sonrió sin demasiada alegría.

—La hijita de su hermana nació muerta hace dos semanas. Creo que su hermana ha muerto de pena por su hija.

—¿Me está hablando en serio?

—Aún no hemos hecho la autopsia, pero su hermana se drogaba. Se ha matado con una sobredosis de barbitúricos. Debía comprarlos en la calle. ¿No sabía usted eso?

—¿Que se drogaba? ¿Y su hija? ¿Dónde puedo verla?

—Parió un feto con malformaciones que nació muerto hace dos semanas. Tuvo un acto de locura y se suicidó del disgusto.

—¿Eso ha hecho? ¿Un acto de locura? ¿Y ha nacido la niña muerta y malformada? No voy a discutir delante del cadáver de mi hermana, por supuesto. Pero usted tiene que saber que en cuanto salga de aquí voy a poner una denuncia a la policía.

—Está usted en su derecho.

La muchacha la miró con simpatía:

—¿Quiere agua, señora?

—Sí, por favor.

María bebió agua de una botella.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, me encuentro bien. ¿Dónde quieren llevar el cuerpo de mi hermana? Siempre me dijo que quería incinerarse y que yo tuviese sus cenizas.

La supervisora añadió:

—De momento hay que llevarla al depósito de la clínica para los trámites. Después se la entregaremos a usted, que puede hacer lo que guste.

—Marga me habló de su hija como de una personita normal. Incluso me dijo que había salido ya de la incubadora.

—Sí, eso nos decía a todos. Pero, escuche, si no está de acuerdo con los cuidados médicos de la clínica, tiene derecho a poner una denuncia. Ahora tiene que venir conmigo, tiene que rellenar los trámites de... de su muerte. Tendrá que firmar papeles. ¿Quiere acompañarnos?

—Sí, y necesito un café.

—La cafetería de la Clínica funciona a todas horas.

Poco después, María llamó a Juan Delforo, que cogió el teléfono al momento.

—¿Sí, María?

—Marga, mi hermana, se ha suicidado y su hija ha nacido muerta, según las enfermeras del hospital. Tengo que rellenar papeles. Pero escucha, una vez me ha-

blaste de Antonio Carpintero, un expolicía amigo tuyo. ¿Te acuerdas? Un policía jubilado que se hacía llamar Toni Romano.

—Sí, Toni vive en Madrid, en la calle Esparteros. Te dejaré su teléfono.

—Quiero que me diga lo que ha pasado con Marga. No me creo lo que me han contado sobre su muerte ni sobre su hija.

—Ahora te mando su teléfono. Suerte con Toni.

—Gracias, Juan, un beso.

En el jardín de su casa de Salobreña, Juan Delforo hablaba con el crítico y compañero de curso Alfredo Bértolo, encargado de los Cursos Exteriores de Doctorado de Literatura de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid y autor del famoso libro *El banquete de los antropófagos*.

En ese momento, Bértolo le estaba diciendo:

—... en realidad serán solo tres meses, hasta septiembre. Se llama Emilia y ha sido alumna de Díaz Berrio. Quiere estudiar la novela negra para su tesis doctoral y hemos pensado en ti. Bastaría con tres horas diarias de clase. Creo que te dejaría tiempo para seguir con tu novela... ¿Cómo se llamaba?

Delforo lo pensó unos instantes.

—*La mujer del pelo blanco*. Si me da tiempo de trabajar en mi novela, acepto.

María llegó a la antigua casa de su madre, que utilizaba su hermana Marga, ya de noche, después de que le entregaran una urna con sus cenizas.

Estaba agotada. Se sentó en el sofá y descansó durante un rato. Apenas si reconocía la vieja casa de su madre.

Allí había vivido con su hermana y su madre toda su infancia. El piso olía como si estuviera en el fondo de un pantano.

Se levantó del sofá y fue encendiendo luces y revisando las habitaciones. Y cada metro de la casa olía peor. Había suciedad y desidia, roña en las baldosas, ropa sucia tirada por el suelo, trastos viejos, platos de plástico sucios en el fregadero...

Le dio un vuelco el corazón; Marga había vivido en un estado lamentable de carencias y abandono. Las últimas veces que se habían visto terminaron con peleas y reproches.

Regresó al sofá. Ahora le parecía que había mucha más mierda que unas horas antes. Desperdicios y basuras por recoger. No le extrañaba que viviera en los apartamentos de la clínica... Joder, parecía un hotel de lujo esa mierda de clínica. Además, no había luz suficiente en la casa. Estaba todo demasiado oscuro. ¿Cómo había podido su hermana vivir así?

Se dio cuenta de que allí había estado alguien. Lo denunciaba el intenso olor a cigarrillo.

Tenía que revisarlo todo, aunque sería mejor que viniera Toni y lo viera. Eso era una colilla de Camel... Camel, sí. Vaya, ¿quién había estado allí?

Hizo un cartuchito con un papel y guardó la colilla en el bolso. Se la enseñaría a Toni, vaya que sí. María atravesó la habitación, no había ni un cuadro, ni un adorno. Su hermana los había quitado todos. Tampoco estaba el piano. Le llegó la memoria de esa casa cuando era pequeña y vivía allí con su madre. Se le saltaron